

gurar su vida que no porque cumplierse á la negociacion; y así, llegó á Arequipa con solos cien hombres, de trecientos que habia sacado de los Reyes; y halló allí á Gonzalo Pizarro con docientos y cincuenta, con haber tenido pocos dias antes en la ciudad de los Reyes, sin otros muchos que tenia derramados por el reino con diversos capitanes, mil y quinientos hombres; y estaba indeterminable en lo que haria, porque para esperar no le parecia bastante fuerza, y para huir ó esconderse era demasiada. Y así, quedará por contar lo que Diego Centeno hizo después que salió del Cuzco.

## CAPITULO XIX.

De cómo Diego Centeno se juntó con el capitan Mendoza, y lo que sobre ello sucedió.

Estando Diego Centeno en el Collao esperando la respuesta de la embajada que habia enviado al capitan Alonso de Mendoza con Pedro Gonzalez de Zárate, maestre-escuela del Cuzco, y habiendo rescebido los despachos del Presidente, los cuales Lorenzo de Aldana le habia encaminado, tuvo nuevas de todo lo que en la ciudad de los Reyes habia sucedido, y de la huida de Gonzalo Pizarro, y cómo se le habia juntado Juan de Acosta, y lo uno y lo otro envió de nuevo á hacer saber á Alonso de Mendoza con Luis Garcia de San Mames, vecino del Cuzco, declarándole particularmente los poderes y despachos que el Presidente traia, y cómo, vistos aquellos, y que la voluntad de su majestad era que Gonzalo Pizarro no gobernase en el Perú, los mas caballeros y personas señaladas que con él andaban le habian desamparado, trayéndole á memoria las grandes tiranías y robos y muertes que Gonzalo Pizarro habia hecho, y sobre todo, haberse declarado contra su rey y señor natural, no obedesciendo sus provisiones ni admitiendo la persona que enviaba á gobernar; y que mirase que lo que hasta entonces se habia hecho podia tener algun color, y de allí adelante ninguna cubierta se le podia dar sin caer en gran infamia y renombre de traidor siguiendo á Gonzalo Pizarro y á su dañada intencion, y no habia para qué traer á memoria ni tener cuenta con las diferencias pasadas que habian acontecido en tiempo del capitan Carvajal y Alonso de Toro, porque todos los rencores y pasiones privadas se habian de olvidar por hacer un tan señalado servicio á su majestad como se esperaba. Y con esta embajada, y con la buena intencion que ya don Alonso de Mendoza traia de seguir el nombre de su majestad (aunque no venia determinado á qué parte habia de acudir), luego alzó bandera por su majestad, y se hicieron capitulaciones entre él y Diego Centeno en tal manera, que cada uno se quedase por general de su gente. Y con esta confederacion salió Alonso de Mendoza de la villa de Plata con su gente, y por sus jornadas se vino á juntar

con Diego Centeno; en la cual junta de la una y de la otra parte se hicieron grandes alegrías. Viéndose con tanta pujanza, que tenian mas de mil hombres, acordaron ir á buscar á Pizarro y tomarle cierto paso para que no se pudiese huir, porque no les convenia pasar adelante porque habia falta de comida y por otros inconvenientes. Y en esta sazón aconteció que ya casi todos los lugares del Perú, de la ciudad de los Reyes para abajo, habian alzado banderas por su majestad, porque el capitan Juan Dolmos, que era teniente de Puerto-Viejo por Gonzalo Pizarro, al tiempo que vió pasar los navíos de Lorenzo de Aldana por el puerto de Manta, que es el puerto de aquella provincia, por una parte envió dello relacion á Gonzalo Pizarro con gran priesa, diciéndole que le parecia mal no haber surgido en el puerto, y que temia no viniesen de guerra, y por otra parte envió una balsa con ciertos indios á saber de los capitanes de los navíos la razon de su venida, los cuales fueron y trajeron la relacion de todo con cartas de Lorenzo de Aldana aconsejándole lo que habia de hacer, las cuales Juan Dolmos envió al pueblo de Santiago de Guayaquil (que comunmente llaman la Culata), á Gomez Estacio, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, haciéndole saber que su majestad no era servido que Gonzalo Pizarro gobernase, y que enviaba á ello al Presidente; por tanto, que le parecia que todos le debian acudir. Estacio le respondió que cuando viniese personalmente la persona que su majestad enviaba él acudiria; pero que entre tanto no entendia hacer novedad, sino que cada uno se estoviese en su gobernacion. Oido esto, Juan Dolmos fué con siete ó ocho amigos á ver á Gomez Estacio, so color de tratar con él en presencia el negocio; y estando un dia descuidado, le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad en ambos pueblos. Llegadas estas nuevas á la ciudad de Quito, y sabido por Pedro de Puelles, que allí era gobernador, la entrega de la armada y lo demás que habia sucedido, se comenzó á poner á recado, y Juan Dolmos le envió al capitan Diego de Urbina, persuadiéndole que se redujese al servicio de su majestad; Pedro de Puelles le respondió que, certificándose él que su majestad mandaba que Gonzalo Pizarro no gobernase, y viendo presente la persona que enviaba para ello, estaba presto de le acudir; y pocos dias después de ser vuelto Diego de Urbina con esta respuesta, Rodrigo de Salazar, natural de Toledo, de quien Pedro de Puelles hacia gran confianza, concertándose con ciertos soldados amigos suyos, una mañana le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad; y sacando de la ciudad trecientos hombres de guerra, se vino la vuelta del puerto de Túmbez en busca del Presidente; por manera que ya no habia en toda la provincia lugar ninguno que no tuviese la voz de su majestad antes que el Presidente llegase á la tierra.

## LIBRO SÉTIMO.

QUE TRATA DE LA LLEGADA DEL PRESIDENTE Á LA PROVINCIA DEL PERÚ, Y DE LO QUE HIZO HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DEJAR PACÍFICA LA TIERRA.

## CAPITULO PRIMERO.

Cómo el Presidente llegó al puerto de Túmbez, y de allí prosiguió su camino por la sierra contra Gonzalo Pizarro.

En este tiempo el Presidente se embarcó en Panamá con el resto de su ejército, habiéndose proveido con gran diligencia de todo lo necesario para su armada, así de comida como de armas y otras cosas necesarias, y llevando consigo hasta quinientos hombres, aportó con buen tiempo al puerto de Túmbez, quedándosele un solo navío, de que iba por capitan don Pedro de Cabrera, que por no ser tan buen velero, no pudo tomar la costa del Perú y decayó al puerto de la Buenaventura, y después por tierra alcanzó al Presidente, á quien, en saltando en tierra, todos escribieron ofresciéndose á su servicio, y dándole cada uno los avisos y medios que le parecian mas convenientes para el buen suceso del negocio; y á todo respondia el Presidente con mucha gracia; y de todas partes le acudia tanta gente, que le pareció bastante, sin que de otras provincias le viniese ningun socorro; y así, proveyó luego navíos á la Nueva-España y Guatemala y Nicaragua y Santo Domingo, dando relacion del estado de los negocios, y cómo no habia necesidad que viniesen los socorros que él habia enviado á pedir creyendo que serian necesarios. Y hecho esto, proveyó que Pedro Alonso de Hinojosa, su general, caminase con la gente hasta juntarse con los capitanes y ejército que residia en Caxamalca, para que de todos se hiciese un cuerpo; y Pablo de Meneses fué con el armada por mar, y el Presidente, con la gente que le pareció necesaria, continuó su camino por los llanos hasta llegar á la ciudad de Trujillo, donde de todas partes halló nuevas de lo sucedido; y teniendo intento de no entrar en la ciudad de los Reyes hasta dar fin en su jornada, determinó que toda la gente del reino que estaba por su majestad se fuese á juntar con él al valle de Jauja, que era sitio conveniente para desde él esperar y acometer los enemigos, y donde habia abundancia de comida. Y así, envió á mandar á Lorenzo de Aldana y á todos los que con él estaban en los Reyes, que se fuesen á Jauja, donde los esperaria; y él se subió por la sierra, y juntándose con su campo, de que ya estaba poderado su general Hinojosa, caminó con mas de mil hombres que en él habia la via de Jauja con gran placer y contentamiento de todos, esperando verse presto libres de la tiranía de Pizarro, porque aun los mas principales que le siguieron en los principios de su tiranía estaban tan escandalizados de ver muer-

tos mas de quinientos hombres principales á horca y cuchillo, que no tenian una hora de seguridad en sus vidas.

## CAPITULO II.

De lo que hizo Pizarro sabida la junta de Diego Centeno y Alonso de Mendoza.

Ya se dijo arriba cómo llegando Gonzalo Pizarro á la villa de Arequipa, la halló despoblada, porque toda la gente della se fué á juntar con el capitan Diego Centeno después de la última entrada que hizo en el Cuzco, y allí procuró Gonzalo Pizarro de saber nuevas de todo lo que pasaba, y supo cómo Diego Centeno estaba en el Collao, cerca de la laguna de Titicaca, y se habia confederado y juntado con Alonso de Mendoza, por manera que con toda la gente del Cuzco y de los Charcas y Arequipa le estaban guardando el paso con cerca de mil hombres; y así, se detuvo Gonzalo Pizarro cerca de veinte dias, esperando al capitan Juan de Acosta con la gente que traia, hasta que llegó con ciento y ochenta hombres, porque los demás se le huyeron en el camino, y otros muchos ahorcó. Y llegado Gonzalo Pizarro, hizo reseña de toda su gente, y halló que tenia quinientos hombres, y escribió al capitan Diego Centeno dándole relacion de todo lo sucedido, encareciéndole las buenas obras que le habia hecho, especialmente cómo al tiempo que mató á Gaspar Rodriguez y Felipe Gutierrez le halló á él en la misma culpa y le perdonó, contra parecer de todos sus capitanes; y que él le haria todo el partido que quisiese porque se viniese á juntar con él, y que le perdonaria lo pasado, atento que Lope de Mendoza y otros que habian sido la causa dello habian pagado su yerro. Y con estos despachos envió á un Francisco Voso, el cual los dió á Diego Centeno y se ofresció á servirle, y le avisó cómo Diego Alvarez, su alférez, se carteaba con Gonzalo Pizarro, al cual Diego Centeno dejó de castigar porque ya en aquella sazón el mismo Diego Alvarez lo habia descubierto á Diego Centeno, diciendo que lo habia hecho por otros fines; y así, Diego Centeno respondió á las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento, agradeciéndole sus ofrescimientos, y reconociendo las buenas obras que dél habia recebido, y diciendo que pensaria satisfacerle de todas con aconsejarle y pedirle por merced considerase el estado de los negocios y la gran merced que su majestad hacia á él y á todos en perdonarles lo pasado, y que si quisiese venir á juntarse con él y reducirse al servicio de su majestad le seria buen intercesor con el Pre-



sidente para que le liciere los mejores y mas honrados partidos que hubiese lugar, sin que peligrase su persona ni hacienda; certificándole que si el negocio tocara á otro cualquiera que no fuera su majestad, ningun mejor amigo ni ayudador hallara que á él; y otras cosas y cumplimientos desta calidad; y con este despacho Francisco Voso se volvió al real de Gonzalo Pizarro, y le salió al camino el capitán Carvajal, y se informó de todo lo que había pasado, y le mandó que no dijese que tenía Diego Centeno mas de setecientos hombres; y llevándole al real, sabida por Gonzalo Pizarro la determinación de Diego Centeno, sin querer leer las cartas, las quemó públicamente, y luego determinó partirse con toda su gente la via de los Charcas; unos decían que con voluntad de excusar la batalla si Diego Centeno le dejaba pasar, y otros afirmaban que siempre llevó determinación de romper con él; y así, se fué derecho adonde estaban Diego Centeno y Alonso de Mendoza, llevando siempre el avanguardia el capitán Carvajal, que ahorcó mas de veinte hombres que topó en el camino, y entre ellos un clérigo de misa llamado Pantaleon, porque había llevado ciertas cartas de Diego Centeno, al cual ahorcó con un breviario al cuello y unas escribanías al pescuezo; y así caminaron hasta que juéves, que se contaron 19 de octubre del año 47, se toparon los corredores de ambos campos y se hablaron, y volvió cada uno á dar nueva á su general, y Gonzalo Pizarro envió de nuevo un capellan suyo á requerir á Diego Centeno que lo dejase pasar y no lo necesitase á dar batalla, protestándole todo el daño que en ella sucediese; al cual capellan el obispo del Cuzco, que estaba en el campo de Diego Centeno, mandó prender y llevar á su toldo. Y Diego Centeno proveyó que su campo durmiese aquella noche en escuadron, caso que él había mas de un mes que estaba muy malo de calenturas y sangrado seis veces; de forma que ninguno pensó que escapara, y por esta causa se quedó en el toldo, y aquella noche se determinó en el real de Gonzalo Pizarro que Juan de Acosta fuese con veinte hombres muy encubiertamente rodeando hasta meterse en los toldos de Diego Centeno, de donde estaba algo desviado el escuadron, porque ya tenían noticia de Diego Centeno que estaba mal dispuesto y se quedaba en la cama; y así, se hizo con tanto tiempo, que tomó los centinelas primero que fuese sentido; y llegando á los toldos, unos negros que los vieron dieron arma, y Juan de Acosta entonces mandó disparar los arcabuces, lo cual puso tan grande alboroto en el real, que muchos del escuadron acudieron á los toldos, y otros de la gente de Valdivia huyeron, dejando las picas; y al fin, Juan de Acosta se escapó sin perder ninguno de los suyos, y se tornó al real. Otro dia de mañana salieron los corredores de entrambas partes, y los reales se pusieron á vista. El capitán Diego Centeno llevaba poco menos de mil hombres, y entre ellos docientos de caballo y ciento y cincuenta arcabuceros, y los demás piqueros. Iba por maestre de campo Luis de Ribera, y por capitanes de caballo Pedro de los Ríos y Hierónimo de Villegas y Pedro de Ulloa, y por alférez general Diego Alvarez, y por capitanes de infantería Juan de Vargas y Francisco Retamoso, y el capitán Negral y el capitán Pan-

toja y Diego Lopez de Zúñiga; y por sargento mayor á Luis García de San Mames. Gonzalo Pizarro llevó por maestre de campo á Francisco de Carvajal, y por capitanes de gente de caballo al licenciado Cepeda y Juan Vélez de Guevara, y por capitanes de infantería á Juan de Acosta y á Hernando Bachicao y á Juan de la Torre. Llevaba trecientos arcabuceros muy diestros y ochenta de caballo, y los demás, hasta cumplimiento de quinientos hombres, eran piqueros.

## CAPITULO III.

Del rompimiento de la batalla que se dió entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno y sus campos, que comunmente se llama la de Guarima.

Esta manera se fué juntando el un ejército al otro con buena orden, con gran música que Gonzalo Pizarro llevaba de trompetas y ministriles altos, hasta que había seiscientos pasos de distancia, y entonces el capitán Carvajal mandó hacer alto á su gente, y la de Diego Centeno marchó otros cien pasos adelante, y tambien hizo alto. Y luego del real de Gonzalo Pizarro salieron cuarenta arcabuceros sobresalientes, y se sacaron del cuerpo del ejército dos mangas de cada cuarenta arcabuceros á la una banda y á la otra; Gonzalo Pizarro se puso entre la infantería y la gente de caballo. Del real de Diego Centeno salieron treinta arcabuceros sobresalientes, y empezaron á escaramuzar los unos con los otros. Y viendo Carvajal que el campo de Diego Centeno estaba parado, pretendiendo sacarle de paso, mandó que su gente marchase diez pasos adelante con grande espacio; lo cual viendo los de Diego Centeno, hubo algunos dellos que dijeron que ganaban con ellos honra sus enemigos; y comenzaron todos á marchar, y el campo de Gonzalo Pizarro se paró. Y viendo venir los contrarios al capitán Cervajal, mandó disparar algunos pocos arcabuces para provocar al enemigo que disparase de golpe, como lo hizo; y la infantería de Centeno comenzó á marchar á paso largo caladas las picas y á disparar segunda vez los arcabuceros sin hacer ningun daño, porque había trecientos pasos de distancia. Carvajal no permitió que ningun arcabucero suyo disparase hasta que tuvo los contrarios poco mas de cien pasos de sí, que mandó disparar la artillería; y los arcabuceros, que eran muchos y muy diestros, de la primera rucada mataron mas de ciento y cincuenta hombres, y entre ellos dos capitanes; de suerte que se comenzó á abrir el escuadron, y de la segunda vez se desbarató de todo punto y comenzaron á huir sin orden, sin que aprovecharen las voces que el capitán Retamoso daba desde el suelo, donde estaba herido con dos arcabuces; y viendo la gente de caballo el desbarate de la infantería, arremetió con sus contrarios, en los cuales hicieron mucho daño, y mataron el caballo á Gonzalo Pizarro, y á él derribaron en el suelo, sin hacerle otro daño; y Pedro de los Ríos y Pedro Ulloa, que estaban determinados de arremeter con su gente á la infantería, rodearon al ejército por tomar por un lado el escuadron, y dieron en una de las mangas de los arcabuceros, donde recibieron mucho daño, que de los primeros tiros fué muerto Pedro de los Ríos y algunos de los suyos. Y viendo los que quedaron en pié desbaratada la infantería, y casi

## CAPITULO IV.

Cómo el Presidente juntó su gente en el valle de Jauja, y de lo demás que allí proveyó.

Ya se ha contado arriba cómo el Presidente, no queriendo entrar en la ciudad de los Reyes, caminó por la sierra la via del valle de Jauja, llevando consigo la gente que había traído de Tierra-Firme y la que los capitanes Diego de Mora y Gomez de Albarado y Juan de Saavedra y Porcel y los demás tenían junta en Caxamalca, y enviando á mandar al capitán Salazar, que estaba en Quito, que caminase con la suya hasta se juntar con él; proveyendo, demás desto, que el capitán Lorenzo de Aldana con la gente de su armada y de la ciudad de los Reyes saliese en su rastro. Desta manera llegó al valle de Jauja con hasta cien hombres, y fué el primero que entró en él, y comenzó á peribirse de todas las cosas necesarias, así de municiones como de mantenimientos, de que hay abundancia en aquella tierra (como hemos dicho), y el mismo dia que llegó se juntaron con él el licenciado Carvajal y Gabriel de Rojas, y luego vinieron Hernán Mejía de Guzman y Juan Alonso Palomino con sus compañías, dejando en los Reyes por justicia mayor al capitán Lorenzo de Aldana con la gente de su compañía, por la necesidad que había de tener seguro aquel pueblo y puerto para todos los fines; y así, en poco tiempo se juntaron en aquel valle mas de mil y quinientos hombres; y el Presidente ponía gran diligencia en juntar fraguas y herreros, y hacer nuevos arcabuces y aderezar los que estaban hechos, y cortar picas y proveerse de todos géneros de armas; en lo cual entendía con tanta destreza como si toda su vida se hubiera criado en ello, poniendo gran solicitud en visitar el campo y las obras que en él se hacían, y en curar los soldados enfermos; tanto, que parecía cosa imposible bastar un solo hombre á tantas cosas; con lo cual cobró en poco tiempo el amor de toda la gente. Y en este tiempo le vinieron nuevas del desbarato de Diego Centeno, lo cual sintió mucho, aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada, con grande ánimo, y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo que sucedió; tanto, que muchas veces habían sido de parecer que el Presidente no juntase ejército, porque solo el de Diego Centeno bastaba á desbaratar á Gonzalo Pizarro. Y luego proveyó que los capitanes Lope Martín y Mercadillo fuesen con cincuenta hombres á la villa de Guamanga, que está treinta leguas mas adelante, para tomar los caminos y saber lo que hacia el enemigo y recoger la gente que se viniese huyendo del Cuzco; y avinole tambien que, teniendo noticia Lope Martín que Pedro de Bustincia estaba en Andaguairas haciendo lo que arriba tenemos dicho, se adelantó con quince arcabuceros, y dió una noche sobre él, y le prendió y ahorcó algunos de los que con él iban, y tornóse á Guamanga, y juntó consigo todos los caciques de la comarca; y tuvieron formas para avisar por todas partes de la venida del Presidente, el cual en Jauja comenzó á ordenar su campo, y proveyó que el mariscal Alonso de Albarado fuese á la ciudad de los Reyes á traer la gente que allí había, y algunas piezas de artillería de las de la armada, y ropa y dineros para algunos soldados; lo

tambien la gente de caballo, huyeron todos, cada uno por do mejor podia. Pizarro caminó con buena orden hasta los toldos de Centeno, matando en el camino cuantos toparon; y tambien de la gente de Centeno que huyó dieron muchos en el real de Gonzalo Pizarro, el cual hallaron tan solo, que seguramente podían tomar los caballos y mulas que allí habían dejado los soldados de la infantería, y huir en ellos, robando el oro y plata que allí hallaron. El capitán Hernando Bachicao, al tiempo que los de caballo rompieron, viendo los suyos desbaratados, huyó hácia la parte de Diego Centeno, creyendo que estaría por él la victoria; lo cual no pudo ser tan secreto, que no lo supiese el capitán Carvajal, y topando con él, le ahorcó, llamándole compadre, porque en la verdad lo era, y otras palabras de burla. Diego Centeno, al tiempo que sedió la batalla, estaba fuera de ella en una hamaca, que lo llevaban seis indios muy enfermo y casi sin ningun sentido, y en el rompimiento se escapó por la buena diligencia que sus amigos en ello pusieron. Y así se feneció este recuento tan sangriento, que de parte de Diego Centeno murieron mas de trescientos y cincuenta hombres, con treinta que el capitán Carvajal justificó después del vencimiento, y entre ellos á fray Gonzalo, fraile de la Merced, que era sacerdote, y otros principales. Murió el maestre de campo Luis de Ribera y los capitanes Retamoso y Diego Lopez de Zúñiga, y Negral y Pantoja, y Diego Alvarez y otros muchos soldados. De parte de Gonzalo Pizarro murieron hasta cien hombres. El capitán Carvajal, con ciertos de caballo, fué algunas jornadas la via del Cuzco en seguimiento de los que huían, especialmente si podia alcanzar al obispo del Cuzco, de quien tenía muy gran queja porque había ido con Diego Centeno y halládose personalmente en la batalla; y no lo pudiendo alcanzar, aborció á muchos que topó en el camino, y entre ellos á un hermano del obispo y á un fraile de santo Domingo, su compañero; y así, se volvió, y Gonzalo Pizarro repartió la tierra entre sus soldados, prometiéndoles que todo había de ser para ellos; y mandó recoger y curar los heridos y enterrar algunos de los muertos; y proveyó que Dionisio de Bobadilla fuese con alguna gente á la villa de Plata y á las minas á coger todo el oro y plata que hallase, y Diego de Carvajal, á quien llamaban el Galán, fué á Arequipa á lo mismo; y Juan de la Torre fué al Cuzco, donde fueron justiciados Juan Vazquez de Tapia, que era alcalde ordinario, y el licenciado Martel. Y tambien mandó que todos los que hubiesen sido soldados de Diego Centeno se viniesen á sentar por lista en sus banderas, so pena de muerte, y perdonólos todo lo pasado, sino fué á las personas que habían hecho cosas señaladas en servicio de su majestad; envió á Pedro de Bustincia con cierta gente que fuese á tomar los caciques de Andaguairas y otros comarcanos para que proveyesen de comida el campo; y pocos dias después Gonzalo Pizarro se vino al Cuzco con mas de cuatrocientos hombres, donde se comenzó á apercebir de todo lo necesario, habiendo él y su gente cobrado grande ánimo y soberbia con el vencimiento de la batalla de Guarima por haber sido con tanta ventaja y muertes de sus contrarios, siendo el número de la gente desigual.



cual todo se efectuó en breve tiempo, y fué ordenado el campo en esta forma: Pedro Alonso de Hinojosa quedó por general, según y de la manera que lo era al tiempo que entregó la armada en Panamá. El mariscal Alonso de Albarado fué nombrado por maestro de campo, y el licenciado Benito de Carvajal por alférez general, y Pedro de Villavicencio por sargento mayor. Y por capitanes de gente de caballo don Pedro de Cabrera y Gomez de Albarado, y Juan de Saavedra y Diego de Mora, y Francisco Hernandez y Rodrigo de Salazar y Alonso de Mendoza; por capitanes de infantería á don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Hernan Mejía de Guzman y Juan Alonso de Palomino, Gomez de Solís, Francisco Mosquera, don Hernando de Cárdenas, el adelantado Andagoya, Francisco Dolmos, Gomez Dárias, el capitán Porcel, el capitán Pardaver, el capitán Serna. Nombró por capitán de artillería á Gabriel de Rójas. Tenia consigo al arzobispo de los Reyes y á los obispos del Cuzco y Quito, y al provincial de santo Domingo, fray Tomás de San Martín, y al provincial de la orden de la Merced, y á otros muchos religiosos, clérigos y frailes. En la última reseña que mandó hacer halló que tenia setecientos arcabuceros y quinientos piqueros y cuatrocientos de caballo, caso que desde entonces hasta que llegó á Xaquixaguana se recogieron hasta llegar á número de mil y novecientos hombres; y así, salió el campo de Jauja á 29 de diciembre del año de 47, caminando en buena orden la vía del Cuzco, para tentar por dónde habria menos peligro de pasar el río de Avancay.

## CAPITULO V.

De cómo llegó Pedro de Valdivia al real del Presidente, y con él otros capitanes.

Habiendo salido el Presidente del valle de Jauja, llegó á su campo el capitán Pedro de Valdivia, que, como arriba está dicho, era gobernador en la provincia de Chili, y habia venido de allá por mar, para desembarcar en la ciudad de los Reyes, para llevar gente y munición y ropa con que se acabase de hacer la conquista de aquella tierra. Y como desembarcando supo el estado de los negocios, se aderezó él y los que con él venían, porque traían muy gran abundancia de dineros, y se fué en rastro del Presidente hasta se juntar con él, lo cual se tuvo á buena dicha, porque aunque con el Presidente estaba gente y capitanes muy experimentados, ninguno habia en la tierra que fuese tan práctico y diestro en las cosas de la guerra como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y ardid del capitán Francisco de Carvajal, por cuyo gobierno y industria se habian vencido tantas batallas por Gonzalo Pizarro, especialmente la que dió en Guarina contra Diego Centeno, cuya victoria se atribuyó por todos al conocimiento de la guerra que Francisco de Carvajal tenia; por lo cual todo el campo del Presidente estaban atemorizados, y cobraron grande ánimo con la venida de Valdivia. También llegó en aquella coyuntura el capitán Diego Centeno, con mas de treinta de á caballo que con él escaparon de la rota de Guarina; y así, continuaron su camino padeciendo gran necesidad de comida, hasta llegar á Andaguairas, donde el Presidente se detu-

vo mucha parte del invierno, que fué de muchas y mas recias aguas, que de día ni de noche no cesaba de llover; tanto, que los toldos se pudrian por no haber lugar de enjugarse, y por estar el maíz que comian tierno con la mucha humedad, adolescieron muchos, y algunos murieron del flujo del vientre, caso que el Presidente tenia especial cuidado de hacer curar los enfermos por medio de fray Francisco de la Rocha, fraile de la orden de la Santísima Trinidad, que tenia cargo y por copia mas de cuatrocientos dellos, y los proveia de médicos y medicinas, como si estuvieran en un lugar muy bueno y bien proveido y poblado, y por su buena diligencia convalescieron casi todos; y allí estuvo el campo hasta que llegaron Valdivia y Centeno, como está dicho, en cuya venida se hicieron grandes fiestas y juegos de cañas y corrieron sortija, y de allí adelante Valdivia comenzó á entender en los negocios de la guerra, juntamente con el mariscal Alonso de Albarado y el general Hinojosa; y cuando se reconoció la primavera y comenzaron á cesar las aguas, partió el campo de Andaguairas, y fué asentar en la puente de Avancay, que está veinte leguas del Cuzco, donde estuvo aguardando hasta que en el río de Apurimá, que es doce leguas del Cuzco, se hiciesen puentes para poder pasar. Los enemigos tenian quedradas todas las puentes de aquel río, de forma que parecia imposible poderle pasar si no rodeaban mas de setenta leguas; y así, pareció de menos inconveniente procurar de hacer las puentes; y para desvelar el Presidente los enemigos, y que no supiesen dónde habian de acudir á resistir los reparos, mandó traer materiales á tres lugares para reedificar las puentes, la una que estaba en el camino real, y la otra en el valle de Cotabamba, que era doce leguas mas arriba, y la otra en unos pueblos de don Pedro Portocarrero, que era mucho mas arriba, donde el mismo don Pedro estaba guardando el paso con cierta gente; y hacíanse desta parte del río las maromas y criznejas de que tenemos dicho arriba, en el primer libro, que se cuajan las puentes del Perú, para que cuando estuviese el campo junto, las ayudasen á echar sobre las vigas y estantes, porque de otra manera Gonzalo Pizarro y su gente defendieran el reparo; y por no saber adónde acudir á la defensa estuvieron confusos, sin tener guarnición en ninguna parte, sino espías que viniesen á dar aviso dónde se comenzaba la obra para acudir luego allí á la defensa; y túvose tan secreto el lugar por donde habian de pasar, que ninguno del campo lo supo sino el Presidente y los que con él entraban en el consejo de la guerra. Y después que los materiales estuvieron hechos y aparejados, caminó el campo la vía de Cotabamba, que era por donde se habia de pasar el río, aunque en el camino habia tan malos pasos y sierras nevadas, que algunos capitanes lo contradecian, teniendo por mas seguro ir á pasar cincuenta leguas mas arriba, aunque el capitán Lope Martín, que guardaba el paso, decia que por allí en Cotabamba era mas seguro el paso. Y en esta diferencia el Presidente envió á dar vista á los capitanes Valdivia y Gabriel de Rójas y Diego de Mora y Francisco Hernandez Aldana; y traída la relación de lo que habia, y cómo era lo menos peligroso pasar por allí, se dió gran priesa el campo; y cuando Lo-

pe Martín supo que llegaba cerca, con algunos españoles y indios que consigo tenia comenzó á echar las criznejas de la otra parte, y cuando tuvieron atadas tres dellas, llegaron las espías de Gonzalo Pizarro, y sin tener resistencia cortaron las dos. Cuando esta nueva llegó al Presidente y á todo el campo, hubo gran pesar dello, porque se tuvo por cierto que los de Pizarro defenderian el paso; y así, el Presidente, llevando consigo al Arzobispo y á su general y á Alonso de Albarado y á Valdivia y á ciertos capitanes de infantería, se adelantó á gran priesa hasta llegar á la puente, y dióse orden cómo pasaron en balsas ciertos capitanes de infantería con harto peligro, así de la furia del agua como de los enemigos que se creia estar aguardando de la otra parte; y uno de los primeros que pasaron fué el licenciado Polo Hondegardo, y tras él comenzaron á pasar soldados y otra gente de escuadron; en lo cual se puso tanta diligencia, que aquel día pasaron mas de cuatrocientos hombres, llevando los caballos á nado, encima dellos atadas sus armas y arcabuces, caso que se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, y luego daban en unas peñas donde se hacian pedazos sin darles lugar el ímpetu del río á que pudiesen nadar, y en comenzando á pasar la gente, las espías de Pizarro le fueron á dar mandado dello, y él envió al capitán Juan de Acosta con hasta docientos arcabuceros de caballo, para que matasen á todos cuantos hubiesen pasado el río, excepto los que nuevamente hubiesen ido de Castilla. Lo cual entendiendo los pocos que á la sazón habian pasado, tomaron un recuesto y hicieron subir en los caballos que consigo tenian indios y negros, porque casi todos los caballos eran ya pasados, por hallarse mas desembarazados á la mañana; y dándoles las lanzas, hicieron un buen escuadron, cubriendo las haces de las primeras hileras con los españoles; y así, cuando Juan de Acosta envió á reconocer la gente creyó que habia número tan desigual, que no los osó acometer y se volvió por mas gente; y entre tanto el Presidente hizo pasar todo el campo por la puente, que ya estaba acabada de aderezar, en lo cual se entendió el gran descuido que Gonzalo Pizarro tuvo en no ponerse tan cerca, que pudiese estorbar la pasada, porque solos cien hombres que pusiera en cada paso fuera parte para defenderlo.

## CAPITULO VI.

De lo que el Presidente hizo después de pasado el río hasta dar la batalla.

Habiendo pasado otro día siguiente todo el resto del ejército del Presidente, sin faltar ninguno, se ordenó que don Juan de Sandoval fuese á descubrir el campo; y viniendo con relación que Gonzalo Pizarro ni su gente no parecían en tres leguas que habia corrido, el Presidente mandó que el general Hinojosa y Pedro de Valdivia fuesen con ciertas banderas á tomar lo alto de la montaña, que habia mas de legua y media de subida, porque si Gonzalo Pizarro se adelantaba en hacerlo les pudiera hacer gran daño primero que subiesen; y así, subieron. Y en este tiempo Juan de Acosta habia enviado á hacer saber á Gonzalo Pizarro lo que pasaba, para que le proveyese de trecientos arcabuceros, que basta-

rian para desbaratar aquella gente que ya habia pasado el río, antes que todos acabasen de pasar; y al tiempo que Juan de Acosta se volvía, se le huyó un Juan Nuñez de Prado, de Badajoz, y dió aviso de todo lo que pasaba y del socorro que Juan de Acosta esperaba; y creyendo que Gonzalo Pizarro le acudiría con todo su campo, el Presidente, con más de novecientos hombres de pié y de caballo que ya tenia en la cumbre de la montaña, estuvo en arma toda la noche; y como otro día le llegó á Juan de Acosta el socorro, los corredores del Presidente le vinieron á dar mandado dello, y él proveyó que el Mariscal tornase al río para hacer subir la artillería y recoger y traer consigo toda la gente; y como antes que el Mariscal volviese asomaron las banderas de Pizarro, el Presidente, con solos novecientos hombres que con él estaban, se puso en orden de batalla para dársela en ocasion; y después cesó de su intento viendo que no esperarían la batalla, porque no venían sino solos trecientos arcabuceros de socorro para Juan de Acosta, el cual se retiró viendo la pujanza de sus contrarios, y lo hizo saber á Gonzalo Pizarro; y el Presidente estuvo allí dos ó tres días hasta que la gente y artillería acabó de subir aquella gran cuesta, y allí le envió Gonzalo Pizarro á requerir con un clérigo que deshiciese el ejército y no hiciese guerra hasta tener nuevo mandado de su majestad; al cual clérigo prendió el obispo del Cuzco; y antes desto habia enviado otro, que de su parte ganase las voluntades del general Hinojosa y de Alonso de Albarado; y este lo hizo con mas prudencia, que no quiso volver, antes dejó concertado con un hermano suyo que se huyese tras él, como lo hizo. El Presidente escribió desde allí á Gonzalo Pizarro, como lo habia hecho en todo el camino, persuadiéndole que se redujese á la obediencia de su majestad, y enviándole traslado del perdón, y ordinariamente cuando los corredores salían llevaban despachos y cartas para Gonzalo Pizarro, y las daban á sus corredores para que ellos se las entregasen. Y como Gonzalo Pizarro supo que el Presidente habia pasado el río con su campo y tomado el alto de la sierra, salió del Cuzco con novecientos hombres de pié y de caballo, los quinientos y cincuenta arcabuceros, y con seis piezas de artillería, y vino á sentar el real en Xaquixaguana, que era cinco leguas del Cuzco, en un llano al pié del camino, por donde el real del Presidente habia de bajar de la sierra; y asentó su campo en lugar tan fuerte, que no le podían acometer sino por una pequeña angostura que delante sí tenia; porque á la una parte tenia el río y la ciénaga, y por la otra la montaña, y por las espaldas una honda cava quebrada; y desde allí, aquellos dos ó tres días antes que la batalla se diese, salían siempre ciento ó docientos hombres á trabar escaramuza con otros tantos que salían del campo del Presidente, que iba marchando hasta hallar lugar seguro donde alojarse; y cuando llegó tan cerca, que los de Pizarro, que estaban en lo bajo, podían bien ver sus contrarios, que pasaban por lo alto para alojarse mas adelante ó en el paraje que ellos estaban, Gonzalo Pizarro temió que su gente desfalleceria viendo tanta ventaja en sus contrarios; por lo cual los mandó poner detrás un cerro que junto á su campo estaba, fingiendo que lo hacia porque, viendo